

## ¡ LA REINA NOS VISITÓ !

### NUESTRA SRA. DE COROMOTO EN CARACAS

Por fin... nos llegó el día; y también Caracas se vió honrada con la visita de la coronada **Reina de los Venezolanos**.

La espera había sido larga, pero sin impaciencias nerviosas. Aunque debemos confesar que ya cuando veíamos muy cerca la fecha de la esperada e inolvidable visita, quien más quien menos, todos sentíamos no poco de santa impaciencia, por el anhelo tan grande de acabar de verla entre nosotros.

La Arquidiócesis capitalina se había movilizado de punta a punta. Ni ciudad, ni pueblo, ni caserío iba a quedarse sin demostrar en la forma más rumbosa y sincera, que también por estos lados de la Patria cuenta la Madre de Coromoto con muchos y muy fieles hijos que estaban esperando demostrarle cuánto la aman.

Venía nuestra Reina desbordando una amplia sonrisa de maternal regocijo, después de la acogida clamorosa y devotísima que le acababan de dispensar en su recorrido por ciudades como San Felipe, Pto. Cabello, Valencia, y tantos otros pueblos intermedios.

Su carroza traía el olor de las oleadas de frescas flores, y del incienso, y sobre todo de las millaradas de plegarias que en su paseo triunfal habían ido apilonándose en torno al bendito relicario, trono de las gracias de la Madre de Dios y Madre de los venezolanos.

Así engalanada con tan bellos trofeos, así acariciada por las miradas insaciables de miles y miles de hijos agradecidos, que acompañaban la carroza por largos trayectos, así hizo su entrada en territorio de la Arquidiócesis caraqueña la providente consentidora del cacique de los Cospes.

Maracay, corazón de los primorosos valles aragüeños, se abrió en solemnisima manifestación de regocijo. No importó que un aguacero pertinaz desafiara a la

imponente manifestación que a las puertas de la ciudad quiso dar la más fervorosa bienvenida a la Señora de la Patria. Y en pujilato de emulación, todos los pueblos de Aragua, y luego Miranda, se vistieron de gala, se echaron a la carretera y a las calles y plazas, montaron arcos de triunfo y sacaron a relucir todo el más completo repertorio de sus repiques solemnes, de sus cohetes, de sus bandas de música, de sus cantos y sus incontables exclamaciones de júbilo. Aquello eran olas humanas, en las que sin distinción de color ni de posición social, —perque todos eran una misma cosa: hijos de María Santísima de Coromoto—, todos brindaron sus almas y sus corazones llenos de fe, de piedad y de amor a la bondadosa Reina que los venía a visitar. A su paso por todas partes se veía el efecto innegable de su gracia renovadora de la fe; porque no eran sólo las manifestaciones de regocijo externo y bullanguero, lo que así nos hacía pensar, sino que la piedra de toque de aquella verdadera devoción era el número insospechado de personas que en todas partes se acercaban a la recepción de los santos sacramentos de la Confesión y Comunción. Lo que ninguna misión predicada habría jamás obtenido, aun con el mejor de los frutos, eso la estaba obteniendo con su paso triunfal la robadora de los corazones, la Reina de Coromoto. Aquello era un terremoto espiritual que iba removiendo vidas y conciencias, sacando a tierra viejas raíces de catolicismo olvidado y mortecino, y haciéndolas reverdecer en frutos de verdadera fe y piedad cristianas. María Santísima hacía como un alarde de cumplir con la misión propia que le encomendara su Divino Hijo; su triunfo lo aprovechaba Ella no para sí, sino para acercar a sus hijos al trato y amistad con nuestro her-

mano mayor, con su Hijo Primogénito, Jesucristo.

Así la vieron pasar los valles del Tuy; y luego remontando la serranía, y tomando el cauce de la carretera la vieron llegar los viejos pueblos de Barlovento; y en todas partes se obraba el milagro supremo, el de la renovación sincera de la fe de toda clase de personas. Y eran escenas que conmovían los ojos más impasibles, las que se iban sucediendo en torno a la venerada reliquia: qué miradas de dulce piedad las que todos le dirigían; qué exclamaciones y frases más conmovedoras las que se oían de labios que vibraban a impulsos de un corazón creyente y agradecido; qué incontenible anhelo y qué luchar para acercarse a ver a la Madre misericordiosa, para decirle una ternera, para pedirle una bendición, para ofrendarle una flor de un beso que era obsequio, y era súplica y era acción de gracias al mismo tiempo; cuánta fe, cuánto fervor, cuánto desprenderse y despreocuparse de todo, para poder estar más tiempo con Ella, y poderle rezar bastante, y poderle cantar, y pedirle gracias. . . Y luego, qué escenas las de las despedidas, las salidas de un pueblo para otro; aquellos decirle adiós con los labios, y con las manos y con las miradas que se alargaban y se alargaban hasta más no poder, y por último con los hilos callados y ardientes de lágrimas que surcaban las mejillas no de solas mujeres, sino de hombres graves y maduros. En todos estos momentos era imposible no sentir como resonando, en bocas de los ángeles, por el espacio de los cielos y en torno a la carroza, la palabra inmortal del himno mariano del Evangelio: -me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque me ha hecho grande el que es Todopoderoso. . . -

En Caracas.- Aquí la expectativa era grande. Se había corrido, sin saberse cómo, por todas partes un arrollador contagio coromotista. Día a día nos iban llegando las noticias de lo que estaba pasando casi a nuestras puertas. Los Teques, Petare, Guarenas, etc., nos habían dejado oír demasiado claro el eco de sus triunfales y devotas celebraciones. Ya en todas partes se conocía el Programa oficial decretado por la autoridad eclesiástica, y se hacían planes y comentarios cada vez más entusiastas para la semana coromotana que estaba ya en puertas.

Caracas no podía quedarse atrás en su demostración de fervor y júbilo religioso. La capital de la República tenía que hacer las cosas en grande, y bien, y dar

la nota de un recibimiento y unos festejos que señalasen un hito, difícil de superar, en la vida espiritual de la nación.

Dos días antes de su llegada, empezó a aparecer la ciudad toda engalanada de banderas y gallardetes. Había un atafago de búsqueda y despacho de banderines, insignias, telas azules, pendones, cromos de la Coromoto, etc. Todos querían adornar a toda gala el frente de sus casas. Plazas y avenidas flameaban airoas banderas, y acababan de poner en temple los ánimos ya sobradamente bulliciosos y alegres ante un suceso que venía a sacudir aun a los ánimos más apacibles o indiferentes.

Continuos días de lluvia habían precedido; parecía que el cielo había adelantado todo lo que le tocaba llover, para hacer luego un paréntesis de días despejadísimos en honor a la regia visitante del valle de Caracas. Por eso el Domingo 5 de octubre, día del gran recibimiento, amaneció esplendoroso, con el toldo azul del firmamento bien pensado para que no se filtrase gota de agua que pudiera hacer parpadear la dulce mirada de nuestra Reina y Madre.

Nadie pudo predecir, ni siquiera sospechar, lo que iba a suceder aquella tarde del Domingo 5. Los ríos humanos de una población de casi el millón de habitantes, empezaron a confluír, de todas direcciones, hacia el Este, hacia la gran Avenida a cuyos lados han ido extendiéndose y poblándose tan numerosas urbanizaciones hasta los límites del Distrito Federal, y luego de allí en adelante en territorio del Estado Miranda, por varios kilómetros, hasta la zona misma del aeropuerto de -La Carlota-.

El más sano ambiente de regocijo dominaba en todas partes. Pronto fueron no sólo grupos de gente, sino racimos de personas, y densas masas humanas las que empezaron a repletar sobre capacidad cuanta zona de terreno ocupable se veía a todo lo largo de la Avenida Este. Edificios, monumentos, altozanos, árboles, cuanto podía ofrecer algún espacio para sostener personas, todo fué llenándose y apretujándose hasta límites jamás sospechados. La tarde espléndida hacia más pintoresco aquel abigarrado conjunto de vestidos de mil colores, de rostros alegres, y del verdor de arboledas y jardines que parecían también sentir el torrente de alegría que embargaba a las personas.

No fué posible impedir que el público invadiese el terreno mismo del aeropuerto. Poco a poco la mancha humana se

fué corriendo como la tinta en un secante, y para la hora en que debía aparecer el avión sobre la ciudad, no menos de unas veinticinco mil personas se encontraban en impaciente y nerviosa espera dentro de los límites del propio campo de aterrizaje y alrededor de las oficinas. Desde aquí hasta la Plaza Bolívar en el corazón de Caracas, a través de las pobladísimas zonas de **Los Dos Caminos, Los Palos Grandes, Altamira**, con su gran plaza del obelisco, **La Castellana, Country Club y Chacaíto** con su amplísima avenida y terrenos adyacentes, toda la **Calle Real de Sabana Grande** adornada a más y mejor, la **Gran avenida** y la amplísima **Plaza Venezuela, Plaza de los Museos y Plaza Morelos, Avenida y Parque Carabobo**, hasta enfilar toda el actual tramo de la **Avenida Bolívar**, todo este extenso y capacísimo trayecto lo contemplaron nuestros ojos rebosante de público, en forma que sobrepasaba todo posible cálculo. Allí había hombres, mujeres y niños de toda condición, todos unidos en una sola alma, en un solo afecto de devoción a la Madre de Coromoto. Era Caracas en pleno la que se había vaciado hacia el Este, y por más de cuatro horas esperó sin desanimarse la llegada y el paso de la carroza de su Reina coronada. No hay exageración ninguna al afirmar que cerca de medio millón de personas atestaba el paseo triunfal de más de 10 kilómetros, por donde con toda la solemnidad que debía brindar la capital de la república, hizo su entrada oficial la excelsa Patrona Nacional, moviéndose más que sobre las ruedas de su carroza, sobre un pavimento de corazones generosos y fieles que le salían en apiñado conjunto a decirle con el más vibrante de sus afectos: **-Bienvenida, Madre-**.

Eran pasadas las cuatro y media de la tarde, cuando allá por oriente, rompiendo claridades y desgajando dulzura y bendiciones, asomó la blanca línea del avión de la **-LAV-**, que convertido en trono y en capilla de la Reina de Venezuela, la ha llevado sereno y orgulloso por sobre casi toda la extensión de la Patria.

Una escuadrilla de seis aviones militares venían formando escolta al avión **-Coromoto-**. Luego de volar tres veces sobre todo el inmenso valle de Caracas y de parte del Estado Miranda, y mientras desde el mismo avión una lluvia de hojas volantes llenaban los aires con la exclamación de **-Bienvenida Madre-**, llegó el momento del aterrizaje en **-La Carlota-**. No había fuerza humana ca-

paz de lograr contener aquella avalancha humana que, una vez en tierra el avión, se precipitó a formar escolta a la venerada imagen que bajó en manos del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico.

Pronto se organizó el desfile, sobre regia carroza, hacia el centro de Caracas, hacia la Catedral, sede habitual de la santa reliquia. El imponente cortejo humano que se dió cita para este recibimiento, no se volverá a ver aquí durante muchísimos años. Ya desde este momento de la entrada triunfal de Nuestra Reina en la capital de la República, comprendimos que María Santísima de Coromoto era la dueña de los corazones de los caraqueños. No era posible concebir mayor entusiasmo y piedad, al mismo tiempo que orden y comprensión de parte de aquella incontable multitud.

Estaba asegurado el triunfo de la Coromoto en Caracas, y podíamos contar con que todos los actos programados resultarían no sólo concurrendísimos y espontáneos, sino además ordenados y edificantes en grado sumo. La gente toda, sin necesidad de decírselo, se daba perfecta cuenta de que no asistían a actos espectaculares y de tono populácher, sino a actos religiosos, en los que la piedad y el respeto tenían que ser la nota saliente. Y así resultaron todos, tan dignos, tan lucidos, tan fervorosos y por ende tan inolvidables.

Cinco fueron los actos de grandes masas, y en ninguno de ellos hubo que lamentar ni el más pequeño incidente; sino todo lo contrario, en todos causó agradable sorpresa el perfecto desarrollo y la insospechada concurrencia que los acompañó.

Estos cuatro actos fueron:

1º La Misa y Comunión General de mujeres en la Plaza Bolívar, en la que utilizadas además todas las calles de la manzana respectiva, se tuvo un concurso de no menos de 15.000 comulgantes, a quienes cuarenta sacerdotes distribuyeron en breve tiempo el Santísimo Sacramento.

2º La Misa y Comunión General de niños en el amplísimo tramo primero de la Avenida Bolívar. También no menos de treinta y cinco sacerdotes repartieron la Sagrada Comunión a los 10.000 niños que en perfecto orden ofrecían un bellísimo espectáculo lleno de recogimiento.

3º La Misa y Comunión General para sólo hombres, tenida a media noche del sábado 11 de octubre, en la gran explanada de la Plaza Aérea y Avenida Bolívar. Puede calcularse en no menos de 8.000 el número de hombres comulgan-

tes en esa noche inolvidable; y sin duda serían unas 20.000 el total de personas congregadas en tan solemne cuanto estimulante acto. Allí se echó por tierra lo que aún podía quedar en algunos de nuestros hombres de cierta vergüenza y respeto humano para la práctica en público de sus actos religiosos. La Comomoto removió voluntades de hombres de toda condición, y los trajo en número nunca visto a los sacramentos de la Confesión y Comunión.

4º El gran desfile de juventud que en circuito cerrado recorrió numerosas calles de la ciudad, y que se cerraba con la carroza de la imagen de Nuestra Reina. Fué aquello como un saludo triunfal que en forma de paseo quiso dar la Comomoto, para agradecer tantas demostraciones de piedad y amor que se le iban tributando. Este acto resultó brillantísimo y concluyó devotamente con la Bendición del Santísimo Sacramento impartida desde uno de los balcones del Palacio Arzobispal.

5º Por último, el solemne y artístico -Rosario Viviente-, organizado por la Juventud Católica Femenina Venezolana, con la colaboración de numerosos colegios, resultó un acto inolvidable y que impresionó gratísimamente a cuantos lo presenciaron. Las 35.000 personas

que llenaban el Estadio Olímpico Universitario rezaron, cantaron y se comportaron con un orden y piedad tales, que durante media hora tuvieron transformado aquel sitio en la más devota iglesia.

Fuera de estos actos generales y de concentración de grandes masas humanas, pede decirse que faltó tiempo en aquellos ocho días para todas las demostraciones de piedad que en todas partes querían rendirse a nuestra Bendita Madre. Visitó Hospitales, Clínicas, Cárcel, Asilos, etc. La Catedral no cerró sus puertas ni de día ni de noche, pues todas las parroquias e iglesias, por turno, montaban vela de horas santas.

Entre estos días, hizo también Nuestra Reina su visita a los pueblos del Litoral, al Departamento Vargas, donde se la recibió con demostraciones desbordantes de júbilo. Acto de especial significación fué allí el de la procesión marítima, en la que la venerada imagen fué llevada en suntuosa embarcación, a lo largo de la costa, escoltada por numerosas barcas y remolcadores, cuya brillante iluminación rasgaba la oscuridad de de una apacible y límpida noche tropical.

Todo parecía poco para demostrar a

**Continúa en la pág. 426)**

**PALABRAS DEL DR. JOSE MINOS SANTI, Presidente del Concejo Municipal del D. F. a la entrada de Nuestra Señora de Coromoto al territorio Capitalino.**

“En este momento inusitado de gloria y fe católica, feliz por la gracia magnífica a recibir y venturoso para la Ciudad de Caracas, experimento emoción de creyente ante el portento que presenciamos, y me plena honda satisfacción, al corresponderme como Presidente del Concejo Municipal del Distrito Federal, la misión de franquear idealmente la puerta de la Ciudad a la venerable reliquia de Nuestra Señora de Coromoto, para acogerla con fervor esperanzado, y saludarla con unánime piedad, poniendo en alto los corazones, purificados por su santísima gracia de celestial guía espiritual de los venezolanos, en su mirífica misión de Patrona Augusta y reverenciada de la Nación.

“De siempre hemos recibido de la Santísima Virgen dones invaluables de su gracia. El culto mariano aparece vinculado a los sucesos con que alboreó la Patria. En las regiones del país es de concluyente significado desde la presencia de sus veneradas advocaciones, la influencia de la Nazarena bendecida entre todas las mujeres, que ha sostenido cálida y arraigada la fe del pueblo, contribuye a su desenvolvimiento y le hace llevaderas, con el espíritu puesto en lo alto, las esforzadas jornadas del sobrevivir.

“Ante esta imagen de portento celestial, que quedara aprisionada en la manrugosa e incrédula de inocencia del cacique de Coromoto, nuestra fe se aviva y con la aspiración más ferviente invitamos a la Patrona Nacional a entrar en la región del Distrito Federal, donde el Gobierno y el pueblo la esperan aunados en unánime sentido de fe cristiana, para rendirle pleitesía elevada y homenaje de sincero acatamiento.

“Que su santísima influencia sirva para aventar muy lejos las corrientes nefastas del materialismo, avive el sentido de la nacionalidad, el amor a la Patria, sostenga pura la fe, de hermosa tradición venezolana y vivifique la estabilidad moral de la familia en nuestra sociedad, y derrame todos sus dones preciados de Madre celestial infundiendo serenidad y paz a la Nación.”

José Minos Santi

venezolana; y el ilustre ingeniero de las declaraciones añadió que "sin el lastre de lo antiguo, Venezuela puede ahora—de acuerdo con las necesidades existentes y previniendo las exigencias del futuro— contar con el sistema más acabado y con los materiales más modernos de la industria ferrocarrilera". Lo que supone un consuelo en el lamentable y pobrísimo estado de nuestra actual comunicación ferroviaria.

**VIDA** Queremos destacar la celebración  
**CULTURAL.-** en Caracas de la sesión preparatoria Panamericana del Tercer Congreso In-

ternacional de Defensa Social.

Es bien sabido que se trata de un vasto movimiento internacional presidido por el Conde Doctor Filippo Gramática que trata de sustituir el Milenario Derecho Penal con una concepción que sintetiza en la palabra **defensa social**.

Ilustres personalidades de Europa y América intervinieron en las sesiones de este Congreso preparatorio Panamericano, entre los que sobresalía el propio Dr. Gramática. El Congreso clausuró el día 11 de octubre con la asistencia de los Doctores Aureliano Otáñez, Ministro de Relaciones Exteriores y Luis Felipe Urbaneja, Ministro de Justicia.

(Viene de la pág. 423)

Nuestra Madre lo feliz que se sentía el Distrito Federal con la presencia de la Reina de los venezolanos. Por algo ya antes de su llegada el propio Concejo Municipal, interpretando los sentimientos de la colectividad dictó por unanimidad un **Acuerdo** que fué leído oficialmente ante la venerada Imagen en el momento en que su carroza tocaba el lindero de la capital en la alcabala de Cha-caíto. Dicho Acuerdo decía así:

**-El Concejo Municipal del Distrito Federal, en uso de sus atribuciones legales;**

**Considerando que el próximo domingo 5 de los corrientes, llegará a esta ciudad la sagrada imagen de Nuestra Señora de Coromoto, Patrona de Venezuela;**

**Considerando que este acontecimiento espiritual conmueve hasta sus más hondas raíces al fervor ciudadano y es un timbre de honor para el Distrito Federal, de población eminentemente mariana y cuyo escudo ostenta el lema de la Inmaculada Concepción;**

**Considerando que al Concejo Municipal, como genuino representante de la ciudadanía, le place participar en los acontecimientos que conmueven profundamente y analtecen la conciencia colectiva,**

**ACUERDA:**

**1º Declarar a la sagrada imagen de Nuestra Señora de Coromoto Sacratísima y Venerada Visitante del Distrito Federal y el Estado Miranda.**

**2º Darle la bienvenida en el límite del Distrito Federal y el Estado Miranda.**

**3º Depositar ante su imagen, como homenaje y pletesía, las llaves simbólicas de la ciudad.-**

Pocos momentos antes de haberse dado lectura a este pausible **Acuerdo**, el Presidente del Concejo Municipal capitalino, Dr. José Minos Santi, pronunció un breve pero sentidísimo y cristiano discurso cuyo texto más abajo insertamos; y luego el Ciudadano Gobernador, en sencilla al par que impresionante ceremonia subió a la carroza y de rodillas depositó al pie de la custodia de la Imagen las ricas y simbólicas llaves de la ciudad.

El domingo 12, se inició la dolido pero forzosa despedida con una bellísima Misa celebrada en la Plaza de Altamira, frente al obelisco. Unas ocho o diez mil personas estuvieron presentes; y luego al organizarse el desfile para el aeropuerto de La Carlota, distante unos tres kilómetros, gran parte de aquella muchedumbre acompañó a pie, a la carroza, bajo un sol abrasador, en hora cercana ya al mediodía. Con numerosas personas que a lo largo del trayecto fueron sumándose al cortejo, cuando se llegó al aeropuerto sería no menor de 15.000 la muchedumbre que con lágrimas, suspiros y exclamaciones dijeron un **-Adiós-** inolvidable al avión que se llevaba a nuestra Reina y Madre. Ella contemplándonos a todos desde la altura, sin duda dejó caer la más grande, la más tierna y más rica de sus bendiciones para la ciudad capital, que según su tradición había dado un ejemplo magnífico de fe y de devoción mariana.

**Pedro. P. Barnola, S. J.**